

ver á sus antiguas opiniones, y despues siempre perseveraron en el cisma, excepto los maronitas que han permanecido unidos á la iglesia romana.

ARTICULO IX.

Carácter de los papas desde la extincion del gran cisma hasta fines de este siglo.

Los pontífices que han disputado entre sí la cátedra apóstolica desde el principio de este siglo hasta el tiempo del concilio Constanciense y de la eleccion de Martino V., se pintaron ellos á sí mismos en esta historia por sus acciones y conducta. Hemos visto que casi todos fueron igualmente falsos en sus promesas, sordos á los deseos y gemidos de la religion, insensibles á los males causados por el cisma, ofuscados con su dignidad, y que resistieron á los votos y consejos de los hombres mas sabios, fingiendo estar siempre prontos á despojarse del pontificado, y no conociendo ningun medio que no fuese justo para mantenerse en él. El interes personal, que parece haber sido su único móvil en todos los sucesos en que tomaron parte, les cerró los ojos sobre lo que el bien general de la Iglesia exígia de ellos. La ambicion y la codicia de los que los rodeaban contribuyeron sin duda á inspirarles aquella obstinacion que con nada se pudo vencer, y con la qual vinieron á frustrarse siempre todos los proyectos de union. Una cosa digna de notarse es que todos estos pontífices, por otra parte tan diferentes en nacimiento, en educacion y en carácter, se hayan reunido por un mismo lado, como si estuviesen convenidos entre sí sobre unos mismos principios; y que el que moria los trasladase á su sucesor. Qualquiera de ellos ántes de su eleccion manifestaba el mas vivo amor á la paz; y por procurarla, se mostraba dispuesto á los mas generosos sacrificios; pero apenas llegaba al papazgo, quando se desvanecian todos estos buenos pensamientos, contando por nada todos los males causados por el cisma, con tal que se conservase en el puesto á que habia subido. Esta observacion no debiamos omitirla, porque es muy propia para dar á conocer los riesgos de la elevacion, y las funestas mudan-

zas que las grandezas humanas ocasionan casi siempre en las almas mas rectas.

El concilio Constanciense, dando á la Iglesia una cabeza cierta y legítima, terminó el cisma, mas no pudo destruir del mismo golpe todos los desórdenes que habia producido una guerra tan larga y tan vivamente sostenida. Martino V., á quien se habia juzgado propio para gobernar la Iglesia en aquellos tiempos delicados, tenia luces, intenciones puras y talento para los negocios; pero subiendo al trono pontificio adoptó los principios de su porte, y se propuso la máxima de apartar cuidadosamente todo lo que podia disminuir su autoridad. Por esta razon sin oponerse directamente á los designios del concilio Constanciense tocante á la reforma, cuya necesidad conocia él mismo, desvió la atencion de este congreso hácia otros objetos, á fin de alejar un trabajo del qual temia las conseqüencias. Su conducta dirigida únicamente por la política hizo perder todas las esperanzas que se habian concebido de él para el restablecimiento de la disciplina y de las costumbres; de suerte que los historiadores ciñen su elogio á decir que trabajó con algun fruto en pacificar la Italia, y en calmar el furor de las sediciones que desolaban á Roma tanto tiempo habia.

El cardenal Condolmero, veneciano, que fué electo despues de la muerte de Martino V., y tomó el nombre de Eugenio IV., no aspiró sino á mantener como su predecesor su autoridad, sin pensar en la reforma, que era mas que nunca el deseo de toda la Iglesia. Baxo este nuevo pontífice se avivó la animosidad de las facciones, aplacada ó contenida por Martino V., y se vieron renacer en Roma los disturbios y las disensiones con tanto calor como ántes; á lo que contribuyó Eugenio, declarándose por los Ursinos y contra los Colonnas sus enemigos. Es preciso confesar que estos habian abusado prodigiosamente de su crédito en el pontificado de Martino V., de quien eran sobrinos ó parientes, y se les acusaba de haberse apoderado de muchos dominios pertenecientes á la Iglesia, y de haber robado el tesoro destinado para los gastos de la guerra que el papa queria hacer á los turcos. Lo cierto es, que habiendo sido echados de Roma, y perseguidos con vigor, se creyeron felices en comprar su paz por el precio de 1130 ducados que exigió de ellos Euge-

nio. En otra parte hemos hablado de las diferencias de este pontífice con los padres del concilio Basileense y con el rey de Aragon Alfonso V., príncipe diestro y político, que por obtener de los papas lo que quería, tomó y dexó mas de una vez el partido de Benedicto XIII. El zelo de Eugenio IV. por la reunion de la Iglesia griega con la de Roma, los infinitos trabajos que se tomó por llevar esta grande obra á su dichoso fin, y la generosidad que tuvo de suministrar por sí solo los gastos que el viaje y asistencia de los griegos ocasionaron durante los concilios de Ferrara y de Florencia, son los mejores rasgos de su vida. Embarazado en esta útil empresa por los padres de Basilea, y poco auxiliado por los otros prelados de Occidente, tuvo bastante ánimo y habilidad para superar todos los obstáculos; de suerte que se puede decir sin ofender la verdad, que la gloria del buen éxito solo le perteneció á él. Murió Eugenio en el mes de Febrero de 1447, despues de cerca de 16 años de un pontificado lleno de sucesos singulares y embarazoso, del qual supo sacar casi siempre alguna ventaja.

Despues de un mes de vacante se ocupó la santa Sede por la eleccion del cardenal Tomas de Sarzano, que tomó el nombre de Nicolao V., el qual era de un carácter suave y pacífico, y deseaba el fin de las turbaciones que los partidarios de Felix V. mantenian en la Iglesia, por las especiosas razones de que se valian para apoyar las pretensiones de este pontífice electo, consagrado y coronado en un concilio que se calificaba de ecuménico. Nicolao V. buscó todos los medios de desengañar á los que se dexaban deslumbrar por las apariencias que ofrecia de canónica á primera vista la eleccion de Felix. Pero siendo la paz de la Iglesia el primer objeto de sus desvelos, no se proponia humillar á su contrario, ni vituperarle; sino que solo pensaba en atraerle con ofertas capaces de indemnizarlo del sacrificio que hiciese en renunciar el pontificado. Felix que no habia ambicionado el papazgo, se despojó de él sin sentimiento, y Nicolao fué tan generoso que le concedió todo lo que pedia. Unicamente atento este papa al bien de la religion, veia con sumo dolor los progresos del mahometismo que las armas triunfantes de los turcos extendian á lo léjos en el continente y en las islas sobre los despojos del imperio

Oriente; y exhortó fuertemente al emperador Constantino á que se declarase por la union tan solemnemente jurada en Florencia, á fin de merecer que Dios excitase á los príncipes latinos á armarse en su socorro. Con este motivo le escribió del modo mas patético y nervioso; y como si hubiese penetrado lo venidero, le anunció la próxima caída del imperio griego, si perseveraban él y su pueblo en el cisma que les traia las venganzas del cielo. El suceso verificó muy bien la prediccion del pontífice. Quando Mahometo II. se apoderó de Constantinopla, penetro tanto á Nicolao V. esta nueva pérdida de los christianos, que murió de melancolía el año de 1455, despues de haber ocupado dignamente la santa Sede poco mas de ocho años. Recomendable por su piedad y liberalidad para con los pobres, no lo fué ménos por la proteccion que dispensó á las gentes de letras, acercándolas á su persona, recompensando su trabajo con magnificencia, y complaciéndose en colocarlas en los puestos en que su talento podia ser útil á la Iglesia y á la sociedad.

Besarion, este célebre griego que se habia visto obligado á renunciar su arzobispado de Nicea, y volver á entrar en Occidente, por no exponerse á la venganza de los cismáticos despues del concilio de Florencia, se vió muy cerca de suceder al papa Nicolao. Mas ciertas razones de zelos y de política hicieron que se le diese exclusiva por todos los que tenian motivo para temer el gobierno de un hombre tan firme y tan ilustrado. Divididos por mucho tiempo, los votos se reunieron finalmente en favor del cardenal Alonso Borja, nacido de una familia ilustre de Valencia de donde era obispo, y se nombró Calixto III.: gran político, hábil en el manejo de los negocios, y lleno de zelo por la disciplina eclesiástica, en quien se ha alabado el no haber querido aceptar jamas beneficios en encomienda á exemplo de otros cardenales. Mi esposa es vírgen (decia él) hablando de su Iglesia: no quiero mancharla haciéndome adúltero; en cuyas palabras condenaba á la mayor parte de los prelados de su tiempo. Despues de su coronacion continuó los proyectos de su predecesor tocante á la guerra contra los turcos, siendo este el principal objeto de sus cuidados todo el tiempo que ocupó la santa Sede, sin cesar de solicitar á los príncipes christianos por medio de sus car-

tas y de sus legados, á fin de moverlos á unirse con él en una empresa que no interesaba ménos á la quietud de Europa que al honor de la religion. No perdonó nada por enviar socorros al esforzado Hunniades, que era el baluarte de la christiandad contra los infieles: la muerte de este grande hombre le hizo derramar lágrimas, y durante los dos años que le sobrevivió, no pudo consolarse de su pérdida. En los últimos años de su pontificado se vió afligida la Italia de diferentes azotes, de los quales intentó aprovecharse para excitar los pueblos á penitencia; pero estaban las costumbres tan corrompidas, que sus exhortaciones no produxeron gran fruto. Habiendo ocupado Calixto III. la santa Sede cerca de tres años y medio, falleció el año de 1458 de edad de ochenta años. Se ha dicho que estaba de tal suerte asegurado de llegar á ser papa, que en el cónclave en que fué electo puso por escrito el voto que hacia de proseguir la guerra contra los turcos, tomando el título de papa y el nombre de Calixto. Si este hecho es cierto, no prueba otra cosa que la habilidad de Alonso en elegir los medios que tomó para procurarse la pluralidad de votos.

Eneas Silvio Piccolomini, á quien los cardenales nombraron por sucesor de Calixto III., habia sido secretario del concilio Basileense, y uno de sus mas zelosos partidarios; y aun habia escrito en su favor contra los intereses de Eugenio IV., que fué bastante equitativo para estimar su talento, aunque lo habia empleado en combatirle. Hecho Silvio papa con el nombre de Pio II. mudó de language, y procuró con sus bulas destruir las máximas que ántes habia establecido en sus obras, sin disimular su mudanza de opinion, ni los motivos de las nuevas que habia abrazado. Siendo papa, no veia con los mismos ojos los principios que habia sostenido quando no era mas que un mero particular. Si sus intereses eran diferentes, ¿es de admirar que se hayan mudado sus ideas? Por eso decia claramente en su famosa bula *Execrabilis*, que se debia abandonar lo que habia enseñado Eneas Silvio, y atenerse únicamente á lo que Pio II. reconocia como verdadero. El designio que habia ocupado á sus predecesores de reunir todas las fuerzas de la christiandad contra los turcos, fué tambien el principal asunto de su pontificado; y con este fin señaló un congreso para

Mantua, y convidó á todos los príncipes de Europa para que concurriesen á él en persona, si podian, ó á lo ménos enviasen sus embajadores. Seis meses estuvo deliberando sobre los medios de abatir el poder otomano, y contener sus progresos, que cada dia daban mas inquietud. Al parecer se entró con ardor en los designios del pontífice, prometiendo cada uno auxiliarle con todo su poder; pero es mas fácil formar planes de guerra, y concertar expediciones, que executarlas. Sin embargo no consistió en Pio II. el que no tuviese lugar el suceso proyectado contra los turcos, y que estos infieles no fuesen atacados á un mismo tiempo por el lado de Europa y de Asia en el continente y en las islas; pues no cesaba de instar á los príncipes christianos cumpliesen con los empeños que le habian hecho en Mantua, y por su parte hacia los mayores preparativos, resuelto á ponerse al frente de uno de los dos ejércitos, de mar ó de tierra, y á excitar con su presencia el valor de los combatientes. Hallábase enteramente entregado á este importante negocio, y aun se iba disponiendo á embarcarse, quando le detuvo la enfermedad de que murió en Ancona el 14 de Agosto de 1464, siendo de edad de cincuenta y nueve años, y despues de seis de pontificado. Se hacen justos elogios de su vasta erudicion, de su habilidad en el manejo de los negocios, y de su zelo contra los turcos; en que tal vez hubiera sido mejor se ocupase ménos, para aplicarse á restablecer la concordia entre los príncipes christianos, á quienes la ambicion y los zelos armaban incesantemente los unos contra los otros.

Subió á la silla apostólica con el nombre de Paulo II. el cardenal Pedro Barba, veneciano, quien sin abandonar los proyectos de guerra formados por su antecesor contra los turcos, se empleó todavía con mas utilidad en el bien de los pueblos y en el de la religion, dedicándose á pacificar las turbaciones de Italia. A fuerza de trabajos y de exhortaciones reconcilió (á lo ménos por algun tiempo) á las ciudades y á los pequeños soberanos que se encarnizaban hacia tantos años en destruirse mutuamente. La pragmática (cuya abolicion deseaba no ménos que Pio II.) le hizo poner en movimiento todos los recursos de la política hasta enviar á Francia un legado por este solo objeto; mas la resistencia que encon-

tró en el parlamento y en la universidad no le permitió lograr sus fines. Al principio de su pontificado habia excitado las quejas de los cardenales por no executar un reglamento hecho en el cónclave ántes de su eleccion, con el qual habia prometido conformarse; pero los aplacó concediéndoles nuevas distinciones, entre otras las de llevar el vestido encarnado. Amaba la magnificencia, sobre todo en los edificios; y se le atribuye el haber renovado el uso de los antiguos emperadores, que hacian acuñar medallas para ponerlas en los cimientos de los nuevos edificios, á fin de hacer ver á la posteridad el tiempo de su construccion y el nombre de los que la habian mandado. Paulo II. murió de apoplejía en el mes de Julio de 1472, á los cincuenta y quatro años de edad, y siete de pontificado.

A Paulo II. se le dió por sucesor el cardenal Francisco Albescola de la Rovera, hijo de un pescador del lugar de Celles, á cinco leguas de Savona. Era discípulo del sabio Besarion, que le habia comunicado una parte de sus conocimientos en la literatura griega, tanto sagrada como profana: despues de sus primeros estudios habia entrado en la órden de san Francisco, distinguiendose en ella por su sabiduría y piedad; y Besarion le dió á conocer á Paulo II., cuyo pontífice como amante de los hombres de mérito le elevó al cardenalato. Revestido de esta eminente dignidad no mudó nada de su antiguo modo de vivir; siempre con la misma modestia y la misma regularidad, de manera que su casa se parecia mas bien á un monasterio que al palacio de un príncipe de la Iglesia. Luego que le eligieron papa pensó seriamente en verificar los proyectos de Paulo II. y demas predecesores contra los turcos, cuyos progresos causaban cada dia mas inquietud. Dió exemplo á los príncipes que se habian obligado en la asamblea de Mantua á suministrar tropas y dinero para esta expedicion: armó veinte y nueve galeras, cuyo mando obtuvo el cardenal Carafa: envió por todas partes legados encargados de excitar á los reyes y á los pueblos á unirse con él contra el enemigo comun del christianismo: abrió los tesoros espirituales, y concedió indulgencias muy amplias á los que contribuyesen al buen éxito de esta piadosa empresa, ó con servicio personal, ó destinando para ella una parte de sus

bienes. Por medio de sus socorros consiguió el rey de Nápoles echar á los infieles del continente, despues de haber recobrado de ellos la ciudad de Otranto, de que se habian apoderado. No seria oscurecida la memoria de este pontífice con ninguna mancha, si no hubiese tomado mas parte de la que convenia en las discordias civiles que agitaban la república de Florencia, y no se hubiese entregado á todas las flaquezas del nepotismo. Sus sobrinos que por sus costumbres no eran la edificacion de la Iglesia, dispusieron de todo, y convirtieron en provecho suyo la ciega confianza que tenia de ellos. Su codicia, su fausto y su vida escandalosa hicieron odioso á Sixto IV. para con los cardenales y todo el pueblo; de tal suerte que este papa que estaba dotado de las mejores prendas, y podia hacerse amar de los romanos, y respetar de toda la Iglesia, murió poco llorado despues de un pontificado de trece años, durante el qual no remedió ninguno de los males de que él era el primero que se quejaba.

Juan Bautista Cibo, noble genovés, y de origen griego, llamado el cardenal de Melfi, porque era obispo de esta ciudad, fué elevado á la santa Sede despues de la muerte de Sixto IV. por una poderosa cabala que dominaba en el cónclave, y se hizo dueño del escrutinio á fuerza de amenazas y de artificios. A la verdad, si no se hubiesen propuesto dar á la Iglesia mas que una cabeza recomendable por su piedad y costumbres, no se hubiera reunido en él la eleccion de los cardenales, porque le faltaba mucho para que su vida y conducta fuesen dignas de un puesto que aun exige mas virtudes que talento. Este papa (que tomó el nombre de Inocencio VIII.) habia manchado la púrpura romana con públicos escándalos, y tenido de diferentes mugeres muchos hijos ilegítimos, los quales colocó en el sacro colegio luego que llegó al trono pontificio. Sin embargo le debemos hacer la justicia de notar que despues de su elevacion no se le pudo echar en cara ninguna de las faltas que ántes habia cometido: al contrario se mostró en quanto á esto un hombre enteramente diferente de lo que habia sido hasta entónces. Ningun papa habia manifestado mas zelo que él manifestó por el comun interes de la christiandad, amenazada siempre por los turcos: aplicó continuos desvelos y movimientos para aplacar las disensiones, y terminar las diferencias que divi-

dian á los reyes y á los príncipes , á fin de reunirlos contra el enemigo de la fe. Sus legados y sus nuncios recorrian sin cesar todos los reynos y repúblicas , haciendo las mas vivas pinturas del riesgo á que estaba expuesta la Europa christiana de caer baxo el yugo de los infieles , y repitiendo en todas partes que despedazándose los christianos con continuas guerras, corrian ellos mismos á encontrar las cadenas que los turcos les preparaban. Estas exhortaciones y el zelo del pontífice , que no afloxaba aunque encontrase obstáculos, se creyó que conmoviesen otra vez á todo el Occidente, y reanimasen el entusiasmo de las cruzadas, extinguido mas habia de un siglo. Pero estas buenas apariencias tuvieron poca consecuencia , y faltó nuevamente la execucion de estos proyectos de guerra, cuyo motivo parecia ser el honor del nombre christiano. Todo el efecto que lograron fué procurar al papa sumas inmensas, de las cuales empleó una parte en proporcionar ricos establecimientos á sus hijos, y la otra en hacer la guerra al rey de Nápoles Fernando, que hacia continuos esfuerzos por quedar independiente y libre de todo homenaje para con el papa.

Habiendo tenido Inocencio VIII. el crédito ó la destreza de conseguir que se pusiese en su poder al famoso Zizimo , hermano y competidor de Bayaceto II., que se habia refugiado al gran maestre de Rodas, fué tambien esto para él un abundante manantial de oro , que recibió del sultan turco porque le tuviese prisionero, y del soldan de Egipto porque le soltase y le pusiese al frente del ejército que habia juntado contra Bayaceto. La conducta que observó en este asunto ha hecho dudar si era sincero el zelo que mostraba contra los infieles, y á lo ménos no se puede dexar de convenir en que es difícil conciliar el modo con que se portó en este encuentro con las intenciones que manifestaba. Sea lo que se fuese, Bayaceto no miraba como una ficcion los designios en que se ocupaba este papa , supuesto que intentó aprisionarle para hacer inútiles todos estos grandes preparativos de guerra, cuyas consecuencias temia. Mas se descubrió semejante negra conspiracion , y sus cómplices espiraron en el tormento despues de haberlo confesado todo; siguiendo Inocencio cada vez con mas ardor sus proyectos , y sacando todo el partido que podia del precioso depósito que tenia

en sus manos en la persona de Zizimo. Un ataque de apoplejía que le acometió suspendió sus operaciones, y aunque no murió de él, no pudo restablecerse enteramente, ni poner la misma aplicacion que ántes á los negocios. En este estado vivió todavía dos años , mas ocupado en su salud que en ningun otro objeto ; y su muerte , que vió llegar lentamente despues de cerca de ocho años de pontificado, fué tan edificante como su vida habia sido casi siempre agitada , primero por las pasiones y despues por los negocios.

Quisieramos que nos fuese posible, sin faltar á la obligacion de historiador fiel, el echar un velo impenetrable sobre el pontificado que siguió inmediatamente al de Inocencio VIII; pero ¿como se han de ocultar á la posteridad unos hechos depositados en una infinidad de escritos? No tenemos , pues , otra cosa que hacer mas que atenernos á lo que no nos es permitido omitir , y llorar el rigor del austero deber que no nos dexa la libertad de suprimir lo que se nos reprehenderia no haber dicho.

Antes de entrar en el cónclave en que se debia hacer la eleccion de papa, todos los cardenales parecia estar penetrados del estado deplorable en que se hallaban los asuntos de la Iglesia , y se les creia bien persuadidos de la necesidad que habia de darle una cabeza que fuese recomendable á un mismo tiempo por su mérito, costumbres y experiencia; que tuviese sabiduria, zelo y firmeza; que desprendida de toda mira de ambicion y de codicia, tanto respecto de sí misma como de los suyos, solamente se ocupase en el verdadero bien de la Iglesia: en una palabra, que tuviese todas las virtudes y todo el talento que era necesario reunir para ocupar digna y gloriosamente la santa Sede. Estando, ó pareciendo estar, con estas disposiciones los que habian de elegir pontífice, debió causar mucha admiracion quando se supo al cabo de dos dias que sus votos se habian reunido en favor del cardenal Rodrigo Borja, arzobispo de Valencia, el hombre mas vituperado por sus costumbres que habia entonces en el sacro colegio, en el que no eran comunes la decencia y la regularidad. Sin embargo no habia habido jamas pontífice cuya exáltacion cansase tanto gozo en Roma, y produxese mejores esperanzas en todas las córtes de la christiandad. Allí se celebró su coronacion con todas las seña-

les de la mas viva alegría, y los príncipes todos se apresuraron á enviarle embaxadores que le felicitasen en su feliz exáltacion al pontificado. Esta buena opinion que se habia concebido de Alexandro VI (tal fué el nombre que tomó) nacia del profundo disimulo con que en todos tiempos habia hecho estudio en disfrazar sus vicios baxo la apariencia de las virtudes mas propias para ganar la estimacion de los hombres. Estaba casi seguro de su eleccion ántes de la abertura del cónclave, porque habia comprado los votos de la mayor parte de los cardenales con dinero ó con promesas; y quando se vió en lo sucesivo el uso que hacia de su poder, la venalidad de las gracias y el comercio público de las cosas espirituales, todo el mundo decia en alta voz en Roma que usaba de su derecho vendiendo á unos lo que habia pagado á otros. Antes de llegar al papazgo habia vivido y tratado escandalosamente con una dama romana, llamada Banozia, de quien habia tenido tres hijos y una hija. La ambicion de estos quatro hijos que debian su nacimiento al crimen, y el ciego amor que su padre les tuvo, fueron la causa de todos los desaciertos que hicieron odiosa á la posteridad la memoria de este pontífice. No perdonó nada por procurarles riquezas, títulos y honores: por ellos encendió á la Italia y á una parte de Europa, y con la mira de elevar á uno nombrado César Borja á la clase de soberano, llamó á Carlos VIII. de la otra parte de los Alpes, y le faltó despues por haberse mudado los intereses de su hijo.

Este preferido siempre por Alexandro á los demas hijos, por el qual violó todas las leyes divinas y humanas, era un monstruo de maldad, de avaricia y de crueldad. Habia entrado primero en el sacro colegio; pero disgustado muy luego con su estado, aunque no respetaba ni sus obligaciones, ni aun el bien parecer, quiso hacer un principado en la Romanía con las tropas y el dinero de su padre. El duque de Gandía y de Benevento, su hermano, era un obstáculo para sus designios; y como hubiese perecido asesinado, todos le acusaron á César de este crimen, sin que él se tomase la pena de justificarse. Tampoco se inquietó por las odiosas sospechas que su passion bien conocida por su hermana Lucrecia habia ocasionado. Esta Lucrecia, casada tres veces, y tres veces arrebatada á sus esposos por Alexandro, era digna de la san-

gre de que descendia; y toda esta familia, en la qual seria difícil señalar el mas culpado, fué durante el pontificado de Alexandro VI. el escándalo de la Iglesia, y el oprobrio de la humanidad. César Borja y su padre renovaron en Roma todos los horrores que se habian visto en tiempo de los mas detestables tiranos. Como entónces heredaban los papas á los cardenales, bastaba que un miembro del sacro colegio tuviese reputacion de rico para que se resolviese su muerte, y ordinariamente por medio del veneno se hacia Alexandro dueño de su sucesion. El capelo vacante se vendia inmediatamente á algun prelado ambicioso que pudiese pagarlo, y su fortuna venia á ser á su tiempo la presa de estos dos hombres, en quienes la prodigalidad igualaba á la avaricia. En el discurso de diez y seis años que ocupó Alexandro VI. la santa sede, siempre fueron estos los medios con que proveyó á sus excesivos gastos, y á los de su familia. Su muerte fué digna de su vida. Habia hecho preparar su hijo vino envenenado para deshacerse, segun costumbre, del cardenal Corneto, y de otros tres que pasaban por los mas opulentos del sacro colegio. Este nuevo crimen debia executarse en un banquete que el papa daba á estos cardenales y á otros muchos; y como hiciese mucho calor aquel dia, Alexandro y su hijo pidieron de refrescar luego que llegaron. El sirviente á quien se habia confiado el licor fatal no estaba allí, y otro tomó una de las botellas envenenadas, y les sirvió á ambos del vino que contenia. Habiéndolo bebido el papa puro, le acometieron al instante los mas vivos dolores, que irritándose con los remedios le dieron la muerte al cabo de algunas horas despues de horribles convulsiones. César, aunque habia mezclado agua con este vino mortal, sintió tambien punzadas muy dolorosas; pero perdiendo el veneno una parte de su actividad, los antidotos calmaron la violencia de los dolores, y se consiguió salvarle la vida metiéndole en el vientre de una mula acabada de abrir y palpitante. Tal fué el fin deplorable de Alexandro VI., cuya memoria ha quedado manchada con muchos crímenes, entre los quales no se olvidaron el incesto y otras acciones todavía mas horrosas. Quizá el odio que de algun modo habia merecido hizo que se le imputasen algunos que no cometió; pero los que le acusaron los historiadores de su tiempo, bastan pa-

ra hacer su nombre aborrecible hasta en la mas remota posteridad (1).

La mas exácta sinceridad y la imparcialidad mas íntegra ha guiado nuestra pluma en este artículo, como en todos los demas de la historia. No hemos omitido nada que nos pareciese verdadero; no hemos dicho cosa que nos pareciese falsa; no hemos disimulado nada de lo que era preciso decir, y solamente hemos hablado conforme á los monumentos mas ciertos. ¿Se nos permitirá por ventura volver de algun modo sobre lo andado, y echar una ojeada general hácia todos los pontífices cuyo carácter hemos delineado, refiriendo las acciones mas notables de su vida? Desde la elección de Martino V. hasta fines de este siglo ocuparon la santa sede nueve papas, que si no fueron todos de una virtud eminente y de un mérito completo, se puede no obstante asegurar que á excepcion de los dos últimos los otros tuvieron prendas recomendables que no los hicieron indignos del sublime puesto á que llegaron. Entre ellos no hay uno en quien no se haya admirado un zelo ardiente y generoso por la defensa de la cristiandad amenazada por los turcos. ¿Quántos desvelos aplicaron á fin de excitar á los soberanos de Europa á hacer una liga poderosa contra estos enemigos del cristianismo? ¿Quántas juntas, quántas conferencias, quántas exhortaciones hubo por su parte sobre este grande objeto? ¿Quántos gastos no se hicieron para enviar por todos parages legados y nuncios encargados de sus órdenes para levantar tropas, equipar galeras, y hacer todos los demas preparativos de la guerra? Esta grande empresa, mas fácil, y ciertamente mas importante que las antiguas cruzadas, fué el principal asunto de sus cuidados. El mismo Alexandro VI., sin embargo de estar tan entregado á las tramas y á las pasiones, manifestó tambien zelo por

(1) Sin embargo es cierto que se hallan muy exágerados estos excesos por algunos escritores; y se ha de considerar que los italianos, que no podian ya mirar con indiferencia que un extranjero ocupase el trono pontificio, como observa un escritor sabio, les habrán dado los colores mas negros. Este papa fué el que dió al rey Fernando el título de Católico, y el que le perpetuó para sí y sus sucesores la concesion de las Tercias Reales de los reynos de Leon, Castilla y Granada, que antes eran temporales: todo en recompensa de los grandes gastos y trabajos de la conquista de Granada, y para mantener su defensa, y la guerra contra infieles.

el buen éxito de una guerra que al parecer debia ser bastante indiferente á un hombre de su carácter. Si tantos esfuerzos y desvelos por parte de los papas no consiguieron inspirar á los príncipes y á las naciones un deseo eficaz de socorrerlos, es evidente que no fué por falta suya. Las circunstancias fueron siempre contrarias á sus intenciones; y los príncipes mejor dispuestos á ayudarlos poderosamente, estaban demasiado ocupados en sus negocios y en sus guerras para alejar de sí las tropas que necesitaban para su propia seguridad. Pero por eso no se debe agradecer ménos á las cabezas de la religion lo que hicieron á porfia unos de otros por el feliz suceso de una causa que era la de todos los reyes y pueblos christianos.

Sin embargo se reprehende á estos mismos papas no haber manifestado tanto zelo por la reforma de las costumbres, y extirpacion de los vicios que assolaban interiormente la Iglesia, como por la destruccion de los enemigos que amenazaban á la república christiana en lo exterior; y aun se les acusa á algunos de ellos de que han embarazado este piadoso designio por miras de interes personal, temerosos de que combatiendo unos abusos cuyo riesgo conocian, pusiesen límites los reformadores á la autoridad pontificia, que los papas y sus cortesanos jamas hallaban sobrado extensa. No podemos dexar de convenir en que la obra de la reforma era mas importante y mas digna de ocupar el zelo de los pontífices que qualquiera otro proyecto de guerra extraña: y convenimos tambien en que si los papas de este siglo hubiesen consultado mas el bien de la Iglesia que los fines particulares de su política; ó por mejor decir, si hubiesen pensado antes como pastores que como soberanos, hubieran abandonado ó dexado para otro tiempo estos designios de expediciones militares, pensando únicamente en destruir los escándalos, en combatir los vicios y los abusos, con especialidad en su propio centro, y en hacer á los christianos de todas clases dignos de la religion que profesaban. Esta observacion tiene lugar principalmente en Martino V. y Eugenio IV. Si estos dos pontífices, en lugar de empeñarse en una disputa de autoridad con los concilios Constantiense y Basileense, hubiesen obrado de acuerdo con ellos, presidiendo todas sus deliberaciones, dirigiendo y animando sus trabajos, dando nueva actividad á su zelo y

nuevo peso á sus decretos, ¿qué bien no hubieran procurado á la Iglesia? ¿qué honor no se hubieran hecho á sí mismos? Entónces no se hubiera visto á los preladados juntos por una parte, y á la cabeza de la Iglesia por otra, opuestos en ideas é intereses, observarse con ojos zelosos, atacarse mutuamente con actos injuriosos, y dexarse llevar á unos procedimientos que no podian combinarse ni con la prudencia, ni con el amor del bien público. Al contrario se hubiera visto establecida la reforma en todas las clases, puestas en honor las reglas canónicas, proscritos los abusos y los escándalos; y los felices frutos de semejante unión hubieran quitado á los hereges el pretexto ordinario de que se valian para autorizar sus rebeliones.

Estas reflexiones son ciertas; pero la equidad nos obliga á notar aquí que no siempre fueron dueños los papas de cumplir los deseos que ellos mismos tenian de reformar las costumbres y los abusos. Además de los obstáculos que encontraron en su propia corte, y en aquellos de quienes era preciso se valiesen para la execucion de sus designios, ¿quántos no hallaron tambien en la situacion en que estaba toda la Europa? Por todas partes discordias intestinas ó guerras exteriores: por todas partes armadas las naciones unas contra otras, y en cada nacion partidos opuestos: por todas partes facciones rivales que no conocian ni los términos de la moderacion, ni las primeras máximas de la humanidad: este era el estado de todos los reynos y de todos los pueblos. La Inglaterra, la Francia, la Alemania, la Polonia, la Bohemia, la Hungría, la España y la Italia no ofrecian mas que un vasto teatro en que la ambicion, la venganza y el furor civil renovaban diariamente las escenas más atroces. En estas circunstancias, ¿qué podian hacer en favor del buen orden y de las leyes canónicas unos papas oprimidos con negocios, rodeados de cabalas, y obligados á defenderse á sí mismos contra las empresas de vasallos inquietos, y de usurpadores poderosos? La necesidad vino á ser su única regla; la que dirigió su política, y dominó su misma prudencia. Los cuidados de lo temporal y la conservacion de sus derechos no les dexaron tiempo para pensar en otros objetos más dignos de su atencion; y dominados de estas circunstancias los movió más el interes particular de su Iglesia, que el general de que no estaban ménos en-

cargados; creyendo desempeñar todas las obligaciones de su silla con trabajar en mantener su autoridad, y preservar sus dominios. Parece, pues, que no tanto se les debe acusar de no haber hecho el bien cuya importancia conocian, quanto compadecerlos de no haber podido hacerlo. Añádase que habian pasado tantas cosas extraordinarias, y se habian introducido tantas novedades en la disciplina durante la residencia de los papas en Aviñon, y aun más durante el cisma de Occidente, que la reforma general se habia hecho una empresa que exígia á un mismo tiempo la mayor resolucion y la mayor habilidad. Y si rara vez se hallan estas qualidades separadas, como todos saben, mucho más difícil es todavía hallarlas reunidas.

ARTICULO X.

Heregias de los wiclefitas y de los husitas.

Ya hemos dado á conocer la persona, los escritos y la doctrina de Wiclef en la historia del siglo XIV.; y hemos dicho que se condenaron sus errores, luego que empezaron á producirse, y que su secta era poco numerosa, y estaba poco esparcida al tiempo de su muerte, sucedida en el mes de Diciembre de 1384. Pero hácia fines del mismo siglo habiendo sido llevadas las obras de este heresiarca á Alemania, se leyeron allí con ansia; de suerte que gustados estos principios por todos aquellos cuya sumision habian ya trastornado las declamaciones de los hereges, se unieron con ciertas preocupaciones poco favorables al clero, que los enemigos de la Iglesia procuraban extender por Europa más habia de dos siglos. Los lolardos, hereges que salieron de Alemania en donde causaron grandes desórdenes, se juntaron á los discípulos de Wiclef, formando con ellos en Inglaterra una misma asociacion, cuyo punto de reunion ó comun era el odio del clero llevado hasta el fanatismo y la atrocidad. Animados unos y otros de un mismo espíritu hicieron todos sus esfuerzos, según la costumbre de las nuevas sectas, y emplearon toda su actividad en hacer prosélitos, logrando muchos entre los nobles, que miraban con zelos el poder y los grandes bienes del clero. Pero sus opiniones toda-